

Año LXXXIV. urtea

286 - 2023

Mayo-agosto
Maiatza-abuztua



Príncipe de Viana

SEPARATA

Las vicisitudes del autor
y la crónica censurada
de la Guerra Civil,
redactada por el
secretario del general Mola,
José María Iribarren

Juan Cruz Alli Aranguren

Sumario / Aurkibidea

Príncipe de Viana

Año LXXXIV · n.º 286 · mayo-agosto de 2023
LXXXIV. urtea · 286. zk. · 2023ko maiatza-abuztua

HISTORIA DEL ARTE / ARTEAREN HISTORIA

Francisco de Olmos y Juan de las Heras, artistas de Asiáin.
Su intervención en Aldaba
Josetxo Músquiz Pérez de Zabalza 301

HISTORIA

Un funcionario corrupto: Juan de Joinville, señor de Jully,
senescal de Pamplona, 1307-1309
M.ª Raquel García Arancón 335

La producción de hierro en Navarra a través de un estudio de caso:
la ferrería de Sarasain
Malen Lizarraga-Olano 361

Los Escalzo de Sesma. Una nueva trayectoria de la hora navarra
Lydia Mangado González 387

Desde un segundo plano: la participación de las mujeres en la Gamazada
Amaia Álvarez Berastegi 417

La Segunda República en Bera. Estructura sociopolítica, comportamiento
electoral, redes políticas, espacios de sociabilidad política, clivajes
de la política municipal y conflictividad social
Fernando Mikelarena Peña 435

Las vicisitudes del autor y la crónica censurada de la Guerra Civil,
redactada por el secretario del general Mola, José María Iribarren
Juan Cruz Alli Aranguren 465

Sumario / Aurkibidea

Consumaciones religiosas en la Guerra Fría: los itinerarios mundiales de las reliquias xaverianas en 1949 Santiago Martínez-Magdalena	493
--	-----

LITERATURA

«El Cantar de Berterretxe»: un análisis cultural Haritz Monreal Zarraonandia	527
---	-----

Currículums	551
-------------	-----

Analytic Summary	553
------------------	-----

Normas para la presentación de originales / Idazlanak aurkezteko arauak / Rules for the submission of originals	557
--	-----

Las vicisitudes del autor y la crónica censurada de la Guerra Civil, redactada por el secretario del general Mola, José María Iribarren

Egilearen gorabeherak eta Gerra Zibilaren kronika zentsuratua, Mola jeneralaren idazkari José María Iribarrenek idatzia

The vicissitudes of the author and censored chronicle of the Civil War, written by the secretary of General Mola, José María Iribarren

Juan Cruz Alli Aranguren

Doctor en Derecho e Historia

jcalli@unavarra.es

<http://orcid.org/0000-0002-8979-7495>

DOI: <https://doi.org/10.35462/pv.286.7>

Recepción del original: 02/03/2023. Aceptación provisional: 05/05/2023. Aceptación definitiva: 05/05/2023.

RESUMEN

Este artículo recoge el contenido y los sucesos en torno a una crónica de los primeros meses de la Guerra Civil, redactados por José María Iribarren, secretario del general Mola. Tras su edición y distribución se produjo la detención del autor, amenaza de fusilamiento, secuestro y destrucción de la obra por orden del jefe de Prensa y Propaganda del cuartel general de Franco. El trabajo se realiza sobre un ejemplar acotado por el autor. La obra permite conocer las tensiones y los conflictos políticos entre los sublevados civiles y militares, la presencia nazi y fascista, la potenciación de la Falange, la represión y la construcción del régimen.

Palabras clave: Guerra Civil; general Mola; José M.^a Iribarren; Manuel Arias.

LABURPENA

Artikuluak Gerra Zibilaren lehen hilabeteetako kronika baten edukia eta gertakariak jasotzen ditu, Mola jeneralaren idazkari José María Iribarrenek idatziak. Kronika argitaratu eta banatu ondoren, egilea atxilotu zuten, Francoren kuartel nagusiko Prentsako eta Propagandako buruak aginduta, eta fusilatzeke mehatxua jaso; bestetik, aleak bahitu eta suntsitu zituzten. Egilearen oharra dituen ale baten gainean oinarritu da lana. Lanak matxinatuen (zibilen eta militarren) arteko tentsioak eta gatazka politikoak ezagutarazten ditu, baita presentzia nazi eta faxista, Falangearen sustapena, errepresioa eta erregimenaren eraikuntza ere.

Gako hitzak: Gerra Zibila; jeneral Mola; José M.^a Iribarren; Manuel Arias.

ABSTRACT

This article gathers the content and events that occurred around a chronicle of the early days of the Civil War, written by José María Iribarren, secretary of General Mola. After its edition and distribution, the author was arrested, threatened with execution, kidnapped and his work was destroyed by order of the head of Press and Propaganda of Franco's headquarters. The article is carried out on a copy bounded by the author. The work allows us to know the tensions between the rebels, the political conflicts between the civil and military rebels, the nazi and fascist presence, the empowerment of the Falange, repression and the construction of the regime.

Keywords: Civil War; General Mola; José M.^a Iribarren; Manuel Arias.

1. EL AUTOR Y SUS OBRAS. 1.1. Contexto. 1.2. Las obras. 1.3. Una crónica de 1937. 1.4. Una biografía de Mola. 2. LECTURA, RELECTURA Y CONTRALECTURA. 2.1. Lectura. 2.2. Relectura y contralectura. 3. ESCRÚPULOS Y PALINODIA. 4. CONCLUSIONES. 5. LISTA DE REFERENCIAS.

1. EL AUTOR Y SUS OBRAS

José María Iribarren Rodríguez (Tudela, 31/10/1906-Pamplona, 11/6/1971), perteneció a una familia católica y conservadora de su ciudad. Fue un profesional del derecho identificado con los valores contrarrevolucionarios del «Manifiesto de Acción Nacional» de 8 de mayo de 1931 y Acción Española: «Religión, Patria, Familia, Orden, Trabajo y Propiedad».

Fue el autor navarro más reconocido del siglo XX por su obra centrada en aspectos lingüísticos, folclóricos, costumbristas e históricos. De sus obras históricas las más relevantes fueron las dedicadas a Espoz y Mina y al general Mola, del que fue secretario personal al principio de la Guerra Civil, recogiendo el microcosmos del general «Director» de una conspiración y jefe militar en el inicio de la guerra, haciendo con su narración que el pasado próximo fuera presente¹. El estudio sobre su obra es también historia que, como práctica de creación textual, da forma al objeto y sujeto estudiados (Hunt, 1989, p. 21).

1.1. Contexto

Las primeras obras de Iribarren se produjeron en el contexto socio-político de la guerra civil española (1936-1939), con conceptos propios de un régimen autoritario fascistizado, que fue su «espacio de experiencia» sin otro «horizonte de expectativa».

¹ Pozuelo (2005, pp. 86-87): «El pasado no es inerte, no es historia, sino presencia constante, dinámica, penetra en el interior del presente e interactúa con él. Lo que ocurrió en el pasado contribuye a dar sentido a lo por venir y se funden en una forma de presencia, de presente, que es lo que justifica el hecho autobiográfico no como historia, sino como inmediatez».

Estuvieron tan alejados de los actuales que no se pueden invocar para articular el presente, porque la ruptura que supuso la Guerra Civil fue superada cuarenta años después por la sociedad y la historia con la instauración de un régimen constitucional y las estructuras democráticas en España. La historia conceptual del presente enlazó con la del pasado republicano derrotado². Conocer aquel contexto facilita entender la historia de Iribarren y su obra.

El general Mola fue el «Director» designado por el general Sanjurjo para organizar una sublevación militar tipo golpe, cuartelazo o pronunciamiento con la inmediata toma de Madrid por columnas, que fracasó al ser bloqueadas y no caer el Gobierno, retrasando casi tres años la toma de la capital. Se transformó en una guerra civil total, que «era desgraciadamente una lucha fratricida, exclusivamente, que empezaba a arruinar y desangrar a España para muchos años y a anegarla de odios» (Claret, 2019, p. 73). Los militares sublevados y los partido y grupos que les apoyaron trataron de darle un contenido y justificación de «cruzada» religiosa practicando una fe con odio y muerte.

Durante la guerra se configuró un régimen político militarizado, unas representaciones y una ideología que combinó, según la conveniencia del dictador en cada coyuntura, la de las fuerzas políticas que la apoyaban con sus organizaciones y milicias de voluntarios, tradicionalistas carlistas (requetés), falangistas y monárquicos. Con ellas se pretendió darle carácter cívico-militar y popular a una sublevación controlada y supeditada al Ejército, que dirigiría «la empresa de reconstruir España» (Iribarren, 1937, p. 358). Así lo estableció el «Director» de la sublevación general Mola en la base 1.ª de la Instrucción reservada de 25 de mayo de 1936:

La conquista del poder ha de efectuarse aprovechando el primer momento favorable, y a ello han de contribuir las Fuerzas Armadas, conjuntamente con las aportaciones que en hombres, material y elementos de todas clases faciliten los grupos políticos, sociedades e individuos aislados que no pertenezcan a sectas y sindicatos que reciben inspiración del extranjero, socialistas, masones, anarquistas, comunistas, etc. (Sánchez Pérez, 2013, pp. 341-367).

Tras el rechazo de la participación en el golpe por parte de los máximos dirigentes carlistas, el príncipe regente Javier Borbón-Parma y el jefe delegado Manuel Fal Conde, y la ambigüedad de algunos militares como Franco, que habían llevado al aplazamiento de la sublevación, Mola vio fracasado el levantamiento sin la participación de las milicias carlistas³. En ese momento su colaborador y confidente, el director del *Diario*

2 Palti (2018, p. 16): «no podemos trasponer ideas de un contexto conceptual a otro distinto sin violentar la lógica que ordena redes significativas de las cuales los conceptos políticos toman su sentido determinado».

3 Iribarren (1937, p. 53) describió la situación que se le planteó a Mola: «vio derribada por tierra la labor de tres meses y medio. Gracias a Dios la adversidad fue pasajera; pero de tal volumen, que sólo un ánimo tan patrióticamente decidido como el suyo hubiera sido capaz de sobrellevarla. Sólo una vez he conspirado, pero a fe que no me han quedado ganas de repetir la suerte. Sólo yo se las amarguras y los berrinches que he pasado». Aunque no era la primera vez que conspiraba: «Yo no conspiré contra la Dictadura porque Primo de Rivera me culpó, sin razón, del alzamiento de los artilleros, que yo siempre juzgué impropio» (p. 127).

de Navarra, Raimundo García, *Garcilaso*, supo del propio general que el día 1 de julio había redactado la solicitud de retiro. El periodista le puso en contacto con los líderes del carlismo navarro: el diputado conde de Rodezno, Joaquín Baleztena y Martínez Berasáin, que le dieron a conocer que «los carlistas navarros no iban a poner tantas condiciones y ellos mismos presionarían a las autoridades de su partido para unirse al alzamiento. Todo ello puso de manifiesto la habilidad del periodista y político metido a conspirador»⁴.

En este contexto se entienden las palabras del «Director», quien vio fracasada la conspiración, pidiendo la baja en el Ejército y hablando de «pegarse un tiro»⁵. El falangista amigo y familiar de Primo de Rivera, que sería ministro del Movimiento, José Luis Arrese escuchó la opinión de Franco sobre los carlistas intransigentes y Fal Conde, a quien atribuyó el fracaso de la sublevación de Sanjurjo del 10 de agosto por sus exigencias para apoyarla «y que luego por esta misma causa, estuvo a punto de fracasar el general Mola y de pegarse un tiro» (Arrese, 1982, p. 184).

El periodista *Garcilaso*, persona de gran influencia en los medios conservadores navarros, valoró que solo cambiando el escenario se podía salvar al general y a la sublevación en la que estaba implicado. Había que superar el obstáculo carlista que representaban sus máximas autoridades, consiguiendo la plena entrega de los dirigentes carlistas locales y la puesta a su disposición de las milicias que preparaban para una nueva guerra. El general no tenía confianza en los soldados asturianos de reemplazo a sus órdenes, que carecían de coherencia ideológica y, seguramente, eran poco propicios a adherirse a la rebelión. La solución estaba en quien tenía autoridad y mando sobre la Junta regional carlista de Navarra. Esta persona era Tomás Domínguez Arévalo, conde de Rodezno, al que llamó para que se entrevistara con Mola e inclinara la situación carlista a favor del general.

En el diseño de la sublevación que había realizado el «Director», uno de los medios era practicar la represión «en extremo violenta» contra los considerados contrarios o no afectos al movimiento. Fue una de las disposiciones en su «instrucción reservada» de 25 de mayo de 1936⁶:

Hay que sembrar el terror [...] hay que dar la sensación de dominio eliminando sin escrúpulos ni vacilaciones a todos los que no piensen como nosotros. Nada de cobar-

4 Sánchez & Zamarbide (1993, pp. 176-177). Iribarren (1937, p. 31) citó entre los amigos de Mola en Pamplona al director del *Diario de Navarra*, Raimundo García *Garcilaso*, y al director bancario y presidente de la Junta Central Carlista de Guerra de Navarra, Martínez Berasáin.

5 Iribarren (1937, p. 53) recogió en anotación: «Fal Conde le negó la colaboración de los carlistas. Mola quería fusilar a Fal y estuvo a punto de pegarse un tiro».

6 Preston (2011, p. 9), atribuyó a Mola: «Una guerra de esta naturaleza ha de acabar por el dominio de uno de los dos bandos y por el exterminio absoluto y total del vencido [...] Serán pasados por las armas, en trámite de juicio sumarísimo, como miserables asesinos de nuestra patria sagrada, cuantos se opongan al triunfo del Movimiento salvador de España». Juliá (2000, p. 86) recogió que Carrero Blanco afirmaba en 1945 que el Régimen habría de actuar «sobre la base que es moral y lícito imponerse por el terror cuando este se fundamenta en la justicia y corta un mal mayor».

días. Si vacilamos un momento y no procedemos con la máxima energía, no ganamos la partida. Todo aquel que ampare u oculte un sujeto comunista o del Frente Popular, será pasado por las armas⁷.

Una vez producida la sublevación por orden de Mola se creó por el carlismo navarro una Junta Central Carlista de Guerra, que se hizo cargo de la movilización, dotación y organización militar carlista, que apoyó totalmente al general. Baleztena, miembro de la misma y presidente de la residual Junta Regional Carlista de Navarra marcó distancias con la Junta Central Carlista de Guerra a propósito de la represión que se practicaba por grupos de las milicias siguiendo los principios establecidos por la «instrucción». En un comunicado afirmó con un lenguaje críptico pero inteligible:

Los carlistas, soldados, hijos, nietos y biznietos de soldados no ven enemigos más que en el campo de batalla. Por consiguiente, ningún movilizado voluntario ni afiliado a nuestra inmortal Comunión debe ejercer actos de violencia, así como evitar que se cometan en su presencia. Para nosotros no existen más casos de represalia lícita que los que la autoridad militar, siempre justa y ponderada, se crea en el deber de ordenar⁸.

La realidad de los hechos violentos fue expuesta por un fundador y consejero del *Diario de Navarra*, Pedro Uranga Esnaola (Pérez, 1990, XI, p. 195), el 8 de agosto de 1936 en un artículo titulado «Basta ya de sangre»:

Yo bien sé que el extravío de unos pocos no empaña la general pureza de nuestros sentimientos exentos de toda pasión vengativa, con que se ha alzado Navarra vertiendo su sangre generosa por su Dios y por su Patria. Esa sangre en noble lid derramada en los campos de batalla nos la ha de redimir tanto como la injustamente vertida nos ahogaría. Dios lo evite.

En palabras del general Latorre, Uranga llamó la atención sobre tan terribles excesos que a ciencia y paciencia de las autoridades o con su complicidad se estaban cometiendo en toda Navarra donde reinaba un verdadero «terror» (Claret, 2019, p. 66). Fue exponente de una de las paradojas del momento, porque Uranga representaba a una de las familias dominantes en Navarra, que apoyaban el golpe, y en el *Diario de Navarra*, cuyo director *Garcilaso* era agente y colaborador directo de Mola.

- 7 Castillejo (2008, pp. 136-137): «Caciques, espías y pelotones de fusilamiento eran los principales agentes políticos en toda España. Hacia finales de 1937 el sistema obtuvo reconocimiento oficial y se intentó un cierto control central. [...] El mero hecho de la existencia de estos servicios implica unas condiciones de psicología colectiva y vida social que sólo pueden imaginar aquellos que las han experimentado». Preston (2010, p. 59).
- 8 *El Pensamiento Navarro* el 24 de julio de 1936. El gobernador civil de Navarra, Font, publicó en el *BOP*, 110 de 14 de septiembre de 1936 el recordatorio de la resolución de 21 de agosto: «Se prohíbe de forma terminante que Falange practique detenciones sin orden escrita y cometa actos de violencia, estando dispuesto a castigar severamente los crímenes que se cometan, llegando incluso a la disolución de las agrupaciones que las realicen». Reiteró la prohibición de «detener y violentar a ninguna persona, a no ser que dichos actos de criminalidad manifiesta vinieran firmados por la autoridad correspondiente».

La autoría de la denuncia y su fundamento explican la violenta reacción de López Sanz, director del tradicionalista *El Pensamiento Navarro*, en el artículo titulado «Que se calle ese santón»⁹. No pudo soportar la denuncia pública de lo que ocurría en las cunetas y tapias, que era conocido, como lo había hecho su jefe regional, y él había ocultado con un silencio cómplice.

Existe un testimonio del tradicionalista conde de Rodezno constatando la represión practicada en la Ribera de Navarra:

Consecuentemente con las ferocidades de los rojos en los territorios que ocupan, también en nuestro campo se extreman las crueldades y se desfila no solo la guerra sin cuartel, sino el exterminio de unos y otros. En la Ribera se están haciendo limpias (esta es la frase feroz adoptada) que espeluznan. Se fusila sin piedad no solo a los dirigentes sino a simples afiliados a las organizaciones socialistas y de izquierdas (Domínguez, 1939, p. 22).

Para el socialista Prieto existía una diferencia entre Mola y Sanjurjo quien, «vencedor, habría liquidado la guerra, por muy sañuda que hubiera sido, como se liquidaron las contiendas civiles del siglo XIX, o sea, estableciendo prontamente la convivencia entre ambos bandos» (Prieto, 1967, p. 207). Pero Mola, «ególatra» (Blanco, 2002), «relleno de las ideas que impregnaban por entonces todo el pensamiento antiliberal europeo»¹⁰, «soberbio y brusco» (Claret, 2019, p. 72)¹¹, no era hombre de acuerdo, sino de triunfo: «Ni rendición, ni abrazos de Vergara [...] ni nada que no sea la victoria aplastante y definitiva» (Mola, 1940, p. 117)¹². Así lo demostró en su conversación con el jefe del Gobierno, tras ofrecerle carteras para los sublevados, diciéndole «si ustedes tienen sus masas, yo tengo las mías» (Aróstegui, 2006, p. 98), que, en aquel momento, no eran otras que los requetés que con ahínco y presión buscaba, y con tanta diligencia ingenua le ofrecieron los jefes carlistas navarros.

Esta situación la conoció el secretario de Mola (Iribarren, 1937, pp. 99-100), en cuyo cuartel general se hablaba con total naturalidad de muertes y fusilamientos. Hasta el punto de recogerlo en las notas trascritas en su crónica. A lo largo de la guerra, Mola

9 Sobre López-Sanz: García-Sanz (1994, pp. 33-35, 136-136, 152, 156-157, 178-179, 184).

10 Aróstegui (2006, p. 260): Su pensamiento era «un auténtico galimatías que no reflejaba sino el indigente repertorio reaccionario de los militares españoles. [...] Un hombre dominado por el odio a Azaña, inspirado por un elemental corporativismo, autoritarismo y creencia en la preminencia del Ejército en la imposición del orden».

11 Muy distinta de la descripción de Iribarren (1937, p. 353): «Este hombre esdrújulo, de expresión adusta, de ojos duros y labios secos, es en el fondo un sentimental y, a ratos, un chiquillo. La goza con sus teleobjetivos, con sus máquinas de retratar, con sus carabinas ametralladoras, con las bombas de mano». En Iribarren (1938, p. 11): «No era el general frío, imperturbable, hermético. Era el hombre cuyo rostro traduce la impresión del momento, cuyos nervios tirantes acusan la contrariedad. Pero inmediatamente surgía el general de hierro como su otro yo sobrehumano. Y todo su despacho resonaba de su voz dura, dominante». En la p. 243: «Este era Mola. Un gigante con alma de niño. Una dulce pepita encerrada en áspera cáscara, como alguien dijo de él al tiempo de su muerte».

12 Iribarren (1937, p. 169): recogió la contestación de Mola a un periodista: «¿Parlamentar? ¡Jamás! Esta guerra tiene que terminar con el exterminio de los enemigos de España».

negó la posibilidad de parlamentar y alcanzar un armisticio, optando por el escarmiento, el exterminio y el aplastamiento del adversario. Iribarren fue testigo de esta actitud violenta en los mandos militares y la reflejó en su libro¹³. Fue tan cierta y efectiva que se la reprochó el censor militar Manuel Arias Paz para evitar daños a la imagen en el exterior de los sublevados.

Después de la guerra, la transmitió Iribarren a su amigo el escritor vasco José de Arteche: «Me dice atrocidades del general Mola: los peores calificativos como mala persona, y me repite lo que tantas veces me ha dicho: “No pensaba más que en matar”». Se planteó la erotema: «¿Por qué Iribarren me repitió tantas veces esta frase, refiriéndose al general Mola de quien fue secretario en los primeros meses de la guerra civil?» (Arteche, 1977, pp. 188, 237).

1.2. Las obras

El «ardor patriótico», que no «guerrero», del abogado tudelano de treinta años le llevó, tras la sublevación militar, a presentarse voluntario en la comandancia militar de Navarra en Pamplona que mandaba el general Mola. No lo hizo en las milicias militarizadas carlista, falangista o monárquica para participar como «guripa» ni, mucho menos, como «grullo con escopeto»¹⁴, sino como voluntario civil para trabajos burocráticos y jurídicos en la retaguardia, que los primeros llamaban «emboscado» y «retaguardista»¹⁵.

13 Iribarren (1937): el día 20 de julio sobre la situación en Logroño refiriéndose al alcalde Gurra: «Si mañana no termina la huelga general, lo fusilo» (p. 88). Cuando se firmó el acta de constitución de la Junta de Defensa Nacional el 23 de julio, el coronel Moreno le dijo a Montaner: «Como España no responsa, ésta es nuestra sentencia de muerte» (p. 122). El 29 de julio Franco remitió un telegrama a Mola cuando la columna del Alto de León había llegado al pueblo de Guadarrama; «¡Somos los amos!» (p. 157). «Toda guerra civil ya es espantosa, pero esta es de una violencia terrible» (p. 155). «¡Cuántos en estos días estarán viudos y huérfanos sin saberlo! ¡Y cuánto ab-intestato vamos a tener que tramitar, después de esto, los abogados!» (p. 190). El día 4 de agosto anotó Iribarren en el libro de Azcona: «Por entonces se fusilaba a mucha gente en los pueblos y el camino de Valladolid a Burgos ofrecía visiones macabras» (p. 191). Recogió la frase de Pérez Madrigal ante la tumba de Calvo Sotelo: «Cadáveres como éste sólo se entierran con miles de cadáveres» (p. 194). Definía el arte de la guerra: «Es el medio de juntar veinte hombres contra uno y, a ser posible, matarlo por la espalda» (p. 220). Mola rechazó el armisticio: «No hay aquí otro camino que llevar las cosas hasta el final, hasta el aplastamiento del adversario» (p. 244). «Hace un año hubiese temblado de firmar un fusilamiento. No hubiera podido dormir de pesadumbre. Hoy firmo tres o cuatro todos los días al auditor y ¡tan tranquilo!», añadiendo Iribarren que el número era superior (p. 245). «Ni pactos de Zanjón ni abrazos de Vergara, ni pensar en nada que no sea una victoria aplastante y definitiva. Si el pueblo lo pide, habrá piedad para los engañados; pero para los otros, jamás» (p. 252). «En este trance de la guerra yo ya he decidido la guerra sin cuartel. A los militares que no se han sumado a nuestro movimiento, echarlos y quitarles la paga. A los que han hecho armas contra nosotros, contra el Ejército, fusilarlos. Yo veo a mi padre en las filas contrarias y lo fusilo» (p. 282). «Se fusiló enseguida a los traidores» (p. 283). «Para los que le rodeamos, su buen o mal humor es el barómetro de la campaña» (p. 362). El general Yagüe afirmó: «Me estoy cargando a toda España. [...] En diez días les llevo hechos tres mil muertos» (pp. 360-361). «¡Los jefes rojos! No ha de quedar uno, ni uno. [...] Luego la limpia en nuestras filas. Limpia de los traidores, de los indecisos, de los paniaguados, de los usureros» (p. 374). Descripción del incendio de la casa forestal de Navafría (pp. 379-380).

14 Iribarren (1937, p. 160), denominación que daba el general Cabanellas a los piquetes de voluntarios que hacían guardia a la entrada de los pueblos. Anotó que les preguntaba si había merodeadores y les ordenaba «fusilarlos a todos».

15 Dentro del carlismo se denominaba «camuflados», «emboscados», «escaqueados» y «retaguardistas» a quienes se quedaron en la retaguardia, en algunos casos protagonizando actividades represivas; los «enchufados» eran los colaboracionistas que se situaron dentro de la estructura del régimen.

La suerte y el buen hacer de un primer contacto inmediato con Mola le llevaron a que lo tomase como secretario personal. Se convirtió en cronista del poder militar desde su proximidad, con convivencia permanente y participación en decisiones del general, como lo demostró relatando sus comportamientos y entorno desde la tercera persona. Fue uno de los «escuderos» del protagonista, con práctica de «cronista».

Los antagonistas del general fueron los gobernantes y militares al servicio de la República, que trató, inicialmente, de reconducir, pero que terminó destruyendo. Esta era la actitud del nuevo secretario, plenamente identificado con el golpe de Estado, como demostró en el primer libro. En su «recordatorio preliminar» recogió los argumentos de los sublevados contra el desorden republicano, concluyendo: «la guerra tuvo la virtud artesiana de hacer brotar de las entrañas del país los valores eternos de la raza. [...]». El 19 Mola desde Pamplona y Franco desde África lanzaron sobre los hierofantes de la antipatria el reto de la España Inmortal» (Iribarren, 1937, p. 8).

La primera obra de Iribarren sobre Mola nos plantea la consideración de si tuvo o no una pretensión autobiográfica, en la medida que recogió por decisión propia e identificación plena, acontecimientos vividos directamente y con cierto protagonismo, no militar, sino de testigo burócrata y leal secretario (Pozuelo, 2005, pp. 25-26). En la autobiografía el protagonista-cronista recoge y pone a disposición general su cronotopo personal, con su aportación al conocimiento y exaltación de las hazañas de Mola, uno de los protagonistas más importantes del momento, como:

acto cívico de glorificación y de autojustificación pública. Es precisamente en las condiciones de ese cronotopo real donde se revela (se hace pública) la vida propia o ajena, donde toman forma las facetas de la imagen del hombre y de su vida y ponen bajo una determinada luz (Bajtín, 1989, p. 24)¹⁶.

Su identificación ideológica y personal con los hechos y personas transmite, simultáneamente, una «imagen de sí mismo como verdadera y los hechos contados como reales, desde el testimonio que el yo, testigo privilegiado de su existencia, ofrece». Se establece «en el triángulo comunicativo yo-tú-acontecimiento social. Un dialogismo social como cronotopo donde insertar el otro cronotopo, el de la construcción del yo como vida» (Pozuelo, 2005, p. 54). Hay actos de compromiso social que pasan por la conciencia, la ordenación, la demostración/vindicación pública histórica o política y la comunicación. En este caso los que se produjeron por Mola y su entorno en los momentos del inicio de la guerra civil, en la que, por tanto, el cronista fue partícipe en el rol asumido y ejercido.

1.3. Una crónica de 1937

La primera obra de Iribarren fue *Con el general Mola: Escenas y aspecto inéditos de la guerra civil*¹⁷. Los trabajos y circunstancias vitales recogidos por el autor se produje-

¹⁶ Citado por Pozuelo (2005, pp. 51-52).

¹⁷ Editada en Zaragoza por la Librería General en 1937.

ron al inicio del periodo conocido por los historiadores como «guerra civil» y «primer franquismo» (Sánchez Recio, 1999, pp. 17-18). La exposición denota conocimiento directo y recoge conversaciones oídas¹⁸, que daban credibilidad a la narración de las «cosas curiosas y dignas de ser contadas», que ocurrían en el cuartel general de Mola durante los primeros meses de un golpe y una guerra civil de tres años y un millón de muertos.

El 15 de mayo de 1944 Iribarren dedicó a su amigo el historiador y bibliófilo tafallés José M.^a Azcona las «Notas sobre la gestación y peripecias desdichadas de mi libro *Con el general Mola*»¹⁹. Son su historia cronológica entre su incorporación a la comandancia militar de Pamplona el 20 de julio de 1936 y al cuartel general de Burgos dos días después hasta su regreso a Pamplona en mayo de 1938²⁰.

Historió su vida y obra en el texto manuscrito que remitió a Azcona para incorporar a un ejemplar de los censurados y sin cubiertas anotado por él, reflejando la madurez que la experiencia sufrida produjo en su vida personal y de escritor. Había tomado conciencia del desarrollo de la guerra, de las preocupaciones por su desarrollo, de las frustraciones militares y personales, de la angustia de la represión menor que sufrió en carne propia, del riesgo que en aquel momento suponía cualquier signo de desafección, del fusilamiento utilizado como amenaza y de la posible acusación por la Fiscalía de delito de «ayuda a la rebelión» realizada por los auténticamente rebeldes contra el orden constitucional. El autor y el libro fueron supervivientes de su propia historia, aunque sufrieron traumas en lo personal y modificaciones en lo material del contenido de la crónica²¹.

Había tomado la información tras incorporarse a Burgos al darse cuenta «de que la guerra iba a durar más tiempo del que todos creían; que lo que yo estaba viviendo cerca de Mola pasaría a la historia y me impuse la obligación de recoger aquel ambiente». Para ello guardó la documentación a su alcance, partes de guerra que había redactado, proclamas, borradores de cartas que había escrito, apuntes y notas de lo que consideraba interesante. Inició la redacción en Talavera y la concluyó en Tudela, durante dos

18 Iribarren (1937, pp. 294-295) expuso su medio de obtener las notas bajo el mantel con un lápiz pequeño anotando en un paquete de tabaco. Lo repitió en las «Notas» para Azcona.

19 La Biblioteca de Navarra dispone de una copia digital del ejemplar de Azcona (BGN, CD-0/400), el cual incorpora entre la cubierta y la portada un texto manuscrito del autor explicando las vicisitudes de la obra y del autor con la censura, los aspectos criticados y ordenados suprimir, etc. A lo largo de la obra hay acotaciones manuscritas con esos extremos. Son treinta y seis páginas, dedicado y firmado por Iribarren, fechado el 15 mayo 1944. En el Archivo Municipal de Pamplona existe otro texto mecanoscrito de treinta y dos hojas, con la misma fecha de 1944 en la portada, y dedicatoria manuscrita de Iribarren al Archivo Municipal con fecha de 6 de octubre de 1965: «Notas sobre la gestación y peripecias desdichadas de mi libro “Con el general Mola”». En la portada tiene una anotación dedicatoria firmada por el autor (D-6/17); en otro ejemplar idéntico, pero sin dedicatoria, consta el texto del archivero V. Galbete: «Estas notas me las dio J. M. Oscoz. No se publicaron nunca» (1986).

20 Cacho (1984, p. 242): se refirió a unos «papeles inéditos» que le dejó ver Iribarren en enero de 1968, a los que el historiador llamó «Memorias». Creo que estas son las desaparecidas nuevas «Notas» posteriores a las de 1944 incorporadas al ejemplar de Azcona, de las que no hay constancia. En la documentación de Cacho las notas y el texto coinciden con las de 1944 (AGUN-CACHO-25/275/104/2).

21 Se le denomina «crónica» por recoger los sucesos por orden del tiempo en que se produjeron.

meses y con el estilo barojiano de *Las ciudades y los años* y los relatos de Melo en la *Historia de la Guerra de Cataluña*.

En Ávila se lo entregó a Mola «para que lo leyese [...] me dijo que le gustaba» y que había recogido datos para sus memorias sobre el Alzamiento y la conjuración preparatoria. El 20 de febrero de 1937 le devolvió el texto anotado con una carta: «me parece interesante lo que en el mismo cuenta, pero debe pulirlo un poquito más, haciendo mención solamente de aquellos hechos que por su importancia o curiosidad, merezcan quedar impresos». Le apostilló las cuartillas originales «con notas breves de su puño y letra»²². El 27 de marzo le envió la fotografía dedicada que incorporó a los libros.

Para su edición en Zaragoza fue censurado por los profesores de su facultad de Derecho D. Miguel Sancho Izquierdo y D. Leonardo Prieto Castro, que fueron

tan benévolos que no quitaron nada [...] como sabían que todo el texto había sido revisado por el propio general Mola, nada se decidieron a censurar. Si tanto ellos, como el editor Boya, José Ramón Castro y el Juez de Tudela que leyeron el libro antes de publicarse me hubieran advertido algo, no me hubiera ocurrido lo que me ocurrió²³.

La obra se publicó pocos días después del decreto de unificación y nacimiento del partido único (FET y de las JONS) de 20 de abril de 1937²⁴. El 3 de mayo envió ejemplares a Franco, Mola, Ponte, Moreno Calderón y otros. Mola acusó recibo y agradeció el día 10, deseándole el «éxito merecido». Mola falleció en accidente de aviación el 3 de junio de 1937.

El 24 de mayo le llamó por teléfono el comisario de Policía de Pamplona Germán Izquierdo para que se presentase en la comisaría donde le informó del telegrama de la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda para que le detuviesen, retirasen y destruyesen el libro. Le comunicó que jamás se había dado el caso de ordenar la destrucción de un libro. Fue una primera experiencia negativa: «Pasé en comisaría 3 horas amargas. Lo que más me dolía era pensar que Mola no había salido en mi defensa, siendo así que él había sido el censor de mi libro (Mola, entonces, nada sabía)».

El comisario le anunció el registro domiciliario y, ante el temor de que le quitaran los cuadernos de notas tomadas en Burgos «en los que había cosas y detalles que podían comprometerme gravemente», aprovechó la visita de su cuñado para ordenarle que los retirase. Procedió a quemarlos, lo que terminaron sintiéndolo ambos, «porque en ellos había cosas interesantes que me hubiera gustado conservar». No registraron la casa y

22 Recogidas en Iribarren (1938, p. 277).

23 Boya era el propietario y director de la Librería General de Zaragoza. Castro Álava fue médico e historiador tudelano, catedrático del Instituto Ximénez de Rada de Pamplona y Archivero de Navarra. Ambos eran amigos de Iribarren.

24 Laín (1976, p. 268): La unificación produjo «un *establishment* político legalmente regido por el mal ensamblado artilugio que resultó del Decreto de Unificación, la Falange Española Tradicionalista y de las JONS, y realmente mandado por las nuevas formas de la derecha tradicional».

los ejemplares del libro que llegaban a la comisaría no se destruían, se les quitaban las tapas y fueron objeto de tráfico por la gran demanda que suscitó la medida. Mientras, su preocupación era conocer «donde estaría lo nefando de mi obra. [...] estaba por culpa de unos y otros, completamente a ciegas».

Al regresar al domicilio se enteró de que una pareja de la Guardia Civil se había presentado para detenerle: «Me indignó que se me buscara como un criminal que trata de burlar a la autoridad». Por medio de su cuñado comunicó a Mola su detención y la orden de recogida y destrucción del libro que había revisado, «confiando que haría por mí cuanto considerase necesario».

El día 25 el gobernador civil recibió un telegrama del delegado de Prensa y Propaganda para que le pusiese «inmediatamente en libertad [...] ordenándole se presente urgentemente esta delegación». Salió al día siguiente llegando a Salamanca el 27, recibíndole el delegado a las 11 horas. Era el gallego comandante de Ingenieros Arias Paz²⁵:

[...] un hombre pálido, de pelo rizado y facciones correctas. Me dio la sensación de un hombre vacío e infatuado que se daba una importancia atroz. Se ve que el cargo le venía grande. «Estaba inflao», como dicen los militares en su argot²⁶. Adoptó ante mí una actitud soberbia, suficiente y un tono conmisericordioso de perdonavidas.

Ante la actitud del comandante y delegado, Iribarren se hizo la composición de lugar y comportamiento a adoptar:

Yo vi que la mejor táctica ante él era la de hacerme el tonto y adoptar una postura de escritor novato, de hombre inconsciente que no se ha dado cuenta de lo que ha escrito, que lamenta de todo corazón haber vertido expresiones y conceptos atrevidos, imprudentes, nefandos.

El censor «comenzó por dispararme»: «Pero ¿usted sabe lo que ha escrito? ¿Se da usted cuenta de las barbaridades que hay en su libro? *Usted –me dijo– merecía estar fusilado a estas horas*²⁷. ¿Y dice usted –añadió– que este libro lo ha leído Mola?».

Le explicó que lo había revisado en febrero, contestándole: «¿Qué va a revisarlo? Eso se lo diría a Vd. Él lo vio por encima, dejó de revisar muchas cosas; él mismo me lo ha dicho». A continuación, fue señalando sus observaciones sobre la utilización del término «sublevación» y otras expresiones «que no deben decirse», o la referencia a la palabra de honor dada por Mola a Batet (p. 52), fusilamientos sin consejo de guerra (p. 85), huida por vía aérea (p. 106), castigo a un muchacho moro (p. 120), frases chabacanas y expresiones soeces, comentando: «Usted es un incauto. Atienda mi consejo: no escriba

25 La presencia militar en labores de orden público fue una constante en España: Ballbé (1983, pp. 397-458). López Garrido (2004). Arias Paz fue muy conocido por sus publicaciones sobre automovilismo.

26 Iribarren (1937, p. 162): «“Estar inflao” se dice de quien está con ganas de pelea, animoso, lleno de brío».

27 Subrayado en el original.

usted más. Se lo digo por su bien. Y esto de que usted hacía proclamas. Aunque fuese cierto no debe decirse».

Destacó Iribarren que «lo que más le indignó» al censor y tenía marcado con trazo grueso rojo, eran las páginas 210 y 211: «Del Moral se siente sanguinario», «hay que echar al carajo toda esa monserga de Derechos del Hombre, Humanitarismo, Filantropía y demás tópicos masónicos» y «la limpia que hay que hacer en Madrid entre tranviarios, policías, telegrafistas y porteros». Por si todo lo dicho fuese poco, le reprochó:

Pero, ¿usted se da cuenta de lo que ha escrito aquí? ¿Usted no piensa en la campaña que podrían desencadenar los rojos si leyeran que en el Cuartel General de Mola se habla de fusilar en Madrid, de hacer una limpia entre tranviarios, policías, telegrafistas y porteros? Usted –añadió– merecía estar fusilado a estas horas. Vd. Con ese libro ha proporcionado a los rojos armas de ataque ¿no lo ve usted? Pues mire; si usted quiere, yo paso ahora mismo el libro al Fiscal, y a ver lo que decide... Me repetió a lo largo de la conversación esta amenaza: Si usted no se convence, pasamos el libro al Fiscal y que él decida...

Constató Iribarren que lo que Arias Paz «más temía era que el libro cayese en manos del enemigo; que un día por la radio comentaran lo escrito por mí y que mi libro pasase entonces al Fiscal y me viese metido en una causa por auxilio a la rebelión (10 años de reclusión temporal)». Le contrariaba que Mola no lo hubiese leído, lo que «indicaba que al general le habían convencido y que éste no había hecho fuerza para defenderme». Reconoció que salió «apabullado», dándose cuenta del riesgo que corría porque el libro

contenía muchas cosas imprudentes, atrevidas, crudas. De que mis juicios, reflejando los juicios de Mola, eran demasiado valientes. Tenía la ratificación de que todo lo que escribí en mi libro era verdad, pero comprendí que el decir la verdad acarrea muchos disgustos y sinsabores. Lo que más fuertemente se me había grabado eran aquellas frases repetidas de que merecía estar fusilado, que no escribiese más en mi vida, que no servía yo para escritor.

Comentó que le favorecía que los censores de Zaragoza hubiesen revisado el libro, pero que «se la van a cargar», dicho en tono violento y amenazador.

Esta situación llevó a Iribarren a comprender que «la recogida de mi libro era lo menos que podía pasarme y adopté una actitud estoica, resignada». Su amigo Juan Aparicio López, falangista y director de *La Gaceta Regional* de Salamanca²⁸, le apoyó en privado, elogiando el libro como el «mejor, el más sincero, el más interesante de cuantos puedan escribirse sobre esta guerra». Le descubrió quien era Arias: «un tipo que se las daba de guapo, que debía su cargo al ser gallego, como Franco, que andaba

28 Fue uno de los mandarines del régimen en medios de comunicación y propaganda como delegado nacional (1941-1945), director general y fundador de la Escuela Oficial de Periodismo (Morán, 2014, pp. 311-312).

metido en la instalación de emisoras para el frente, que si se hablaba de negocios con Urgoiti»²⁹.

Al día siguiente de la entrevista le detuvieron dos policías y registraron sus pertenencias. Durante el interrogatorio el comisario le informó de la orden de detención, explicándoles Iribarren que le habían liberado y de la entrevista del día anterior, sin permitirle comunicación alguna. Comprendió que

mi situación era muy fea [...]. Esta gente –pensaba yo– es capaz de fusilarme. Se han dado cuenta de que sé muchas cosas, de que poseo muchos secretos y no es raro que hayan pensado en suprimirme y en desembarazarse de un enemigo. Mi incomunicación, mi prolongada detención y el hecho de que Mola me hubiese abandonado a mi suerte, como Pilatos a Cristo, daban fundamento a mis temores. Vi salir una camioneta llena de detenidos y pensé: A lo mejor en otra como esa te sacan para darte el paseo.

También discurría que no se atreverían a hacerlo viviendo Mola, que no lo permitiría, y que la censura de Zaragoza había visto el libro. En esta situación comprendió «el odio mortal que sienten los anarquistas contra la policía. Me sublevaba contra aquel comisario frío, torpe y sin entrañas que me había tocado en suerte». Dentro de lo angustioso de la situación, estas consideraciones respondían a lo que en psiquiatría se llama «ilusión del indulto» de los condenados a muerte antes de la ejecución esperando ser indultados (Frankl, 2015, pp. 43, 60).

Tras varias horas detenido en la comisaría, dos policías le llevaron a la Delegación de Prensa, exponiendo al delegado «en tono de respetuoso y dolido reproche: Ya ve Vd. que, después de nuestra entrevista, la policía me ha detenido por segunda vez esta mañana, han registrado mi domicilio, no me han dejado ni comunicar con mi mujer, ni con Vd.». Le contestó que tenían la orden, «yo me olvidé de dar la contraorden. Esta fue toda su respuesta. Ni me pidió perdón ni me dio otra excusa, siendo así que todo se debía a su olvido».

El comportamiento y comentarios del prepotente censor le confirmaron como una persona autoritaria y sádica, que trataban de crear en su víctima una sensación de culpabilidad, un complejo de inferioridad y la «tortura mental» propia de la falta de libertad y riesgo que a una persona débil podía despersonalizar. Para el reducto de libertad individual que mantenía el autor, era incomprensible esta actitud contra quien había recibido el visto bueno de Mola y los censores.

Posteriormente se enteró Iribarren por el periodista e historiador de la guerra civil, Joaquín Arrarás Iribarren, que la orden de libertad procedió de Mola tras una «conversación telefónica *muy violenta*³⁰ con Arias». A continuación, este había dispuesto la li-

29 Nicolás M.^a de Urgoiti y Achúcarro (1859-1951), periodista y empresario de medios de comunicación y papele-
ras. Los «negocios» se referían a operaciones sobre control y venta de «papel-prensa», que era un bien escaso.

30 Subrayado en el original.

bertad comunicada al comisario de Pamplona y el traslado a Salamanca, donde, a pesar de la orden recibida y precisamente por ello, le trató con la sorna violenta y dialéctica amenazadora de quien había sido obligado a hacer lo que no quería. Era la venganza porque se le había escapado la presa de las manos.

Una vez en Pamplona reconoció Iribarren que pasó una «temporada muy mala». Se dedicó a dibujar y a escribir «cosas que no había podido decir en el libro», guardándolo en un escondite «pues temía que la policía viniera a registrarme. Tenía aquello algo de venganza contra lo que me habían hecho pasar». De este modo trató de superar la fase de apatía que corría el riesgo de sufrir tras la crisis emocional sufrida, tanto por la conducta policial como por lo que, entonces pensaba, era el abandono de Mola. Mantuvo su autoestima y propósito de ser escritor con la lección aprendida, haciendo realidad el pensamiento de Spinoza: «Affectus, qui passio est, desinit esse passio simulatque eius claram et distinctam formamus ideam» (Spinoza, 1980, p. 253).

Con el tiempo se enteró de que en el cuartel general de Franco estaba el teniente coronel Lacalle Larraga, hijo del *Cojo de Cirauqui*³¹, de cuyo hermano había escrito su paso a las filas republicanas que luchaban en Guadarrama contra las «nacionales», lo que «le sentó muy mal» (Iribarren, 1937, p. 41). También Millán Astray presionó para retirar la obra por no gustarle el retrato que de él había hecho³². En el entorno de Franco molestó el libro por el riesgo que suponía para la propaganda, y en el de Mola «se formó mal ambiente».

Terminó Iribarren sus «Notas» afirmando que eran la historia de:

un malhadado libro que empecé con toda ilusión y que me acarreó muchos disgustos y desazones. Me consuela el pensar que, a pesar de la orden de destrucción decretada contra él, perdurará como un documento sincero, franco, juvenil y atrevido [...]. Fue aquel mi primer hijo; me dio muchos berrinches; me fastidió; tuvo mal fin. Por todo ello lo quiero como esos padres que se enamoran del peor de sus hijos, del que fue más ingrato, del que más les hizo sufrir.

Supo que ese «hijo» sobrevivió al intento del censor de hacerlo desaparecer y tuvo éxito, como explicó a Azcona al informarle de que en Filipinas se habían hecho copias mecanografiadas, que los pedían de universidades americanas y que la familia real española se interesó por conocerlo. Sin embargo, escamado por lo sufrido, lo dejó en

31 García-Sanz (2022). El militar José Daniel Lacalle Larraga, natural de Valtierra, se molestó con Iribarren por recoger la conducta de su hermano. Fue teniente general y ministro del Aire de Franco (1962-1969), dimitiendo cuando se supo que su hijo, el sociólogo marxista Lacalle Sousa, era miembro del PCE. Procurador en Cortes votó contra la Ley para la Reforma Política.

32 Iribarren (1937, pp. 284, 285, 288). Iribarren (1938, p. 191): con una descripción más heroica que en la obra anterior: «Millán; ojo tuerto, rostro de momia, los dientes esmochados y la manga vacía, me dio la sensación de un muerto revivido a fuerza de energía y de nervio. El cuerpo más descarnado para albergar su gran espíritu militar».

el limbo de una edición sin cubiertas convertida en clandestina, pero demandado y cotizado en el mercado de los libros «raros». Le aportó una experiencia que le sirvió para superar la «neurosis colectiva» de parte de su generación y realizar un examen de conciencia posterior, que no llegó a la palinodia.

En una declaración final perdonó a Arias Paz y a cuantos contribuyeron a retirar el libro, incluso al comisario de Salamanca, «que tan mal rato me hizo pasar. Me he perdonado a mí mismo».

Confesó que las notas que entregó a José María de Azcona en 1944 no eran «vanidad de escritor», sino un «desahogo hecho por vez primera a ruegos de un amigo, a quien quiero de veras y me gozo en servirle». Esta acción tuvo mucho de liberación y descargo, recogiendo una experiencia que seis años antes le llevó a pasar malos momentos, sentando las bases de una catarsis posterior.

Cada libro tiene una materialidad que recoge su discurso y alma, su devenir, historia, contenido y biografía que en algunos está directamente relacionada con la del autor. Esta primera obra se inició en 1936 y terminó en la versión de 1938, historizada por el autor en sus «Notas». El protagonista y sujeto principal fue el general Mola, que condujo las acciones narradas, marcó su objetivo, estableció los medios humanos y bélicos. Lo describió como un general sublevado en el ejercicio real de su poder, en su comportamiento personal y profesional diario, en su relación con sus connilitones generales, jefes y oficiales subordinados y civiles cooperadores.

También fue biógrafo propio durante el periodo de su vida al servicio de Mola y redactó la crónica desde el «color del cristal con el que se mira», que fue el de su ideología de «voluntario» de la causa de la sublevación que compartía y a la que apoyaba desde el cuartel general del «Director», organizador y mando del «Ejército del Norte». Queda expuesta su ideología de «sublevado civil», la justificación en la terminología y en los calificativos que utiliza. Es en esos textos donde el «espejo» le refleja en sus actitudes, ideología y personalidad, demostrando que no era neutral ni ajeno al proceso histórico en el que estaba integrado activamente.

El autor fue superviviente de su libro y de su historia, resucitándolos en la segunda versión (1938), aunque sufriera los dolores y angustias de la censura, del tratamiento del comandante censor y del comisario de Salamanca, que fueron, para un hombre del régimen, una muy mala experiencia de la represión blanca y blanda interna, que por un tiempo le convirtieron en antagonista.

1.4. Una biografía de Mola

El mes transcurrido entre la publicación y muerte de Mola fue decisivo para que, por la intervención del general, Iribarren pudiese superar dos detenciones, el secuestro y orden de destrucción de la obra, sobrevivir y publicar un año después otra sobre el mismo tema, pero con contenido y estilo distintos: *Mola, datos para una biografía y para la historia del Alzamiento Nacional*.

A finales de julio de 1938 le llegaron impresiones de Salamanca para que hiciera una segunda edición «corregida y aumentada». El jurista y político monárquico Eugenio Vegas Latapié (1907-1985) le sugirió que, si lo revisaba y corregía, «no habría inconveniente en autorizar su publicación». Le fue confirmado por Arrarás y Rodezno. Se le planteó que hiciera una «refundición del libro para darlo a la prensa, expurgado». Arrarás les transmitió su opinión y la de Aparicio de que reuniera en un volumen todo el anecdotario de Mola, «lo publicado y lo inédito, despojando al libro de exceso de anécdotas de la vida africana del general, muchas de las cuales no tienen verdadera oportunidad», insistiendo el segundo en hacer las «correcciones oportunas». Iribarren se dedicó «con todo ardor a censurar mi libro y a añadirle datos. Llené un libro de tachaduras y pegotes».

Por consejo de Arrarás optó por redactar una biografía nueva «donde Mola fuera el héroe». Le dijo que en el primer texto Mola aparecía «en zapatillas» y, tras su muerte, se buscaba una visión encomiástica para mitificarlo y convertirlo en héroe. La nueva versión la terminó para mayo de 1938 y la remitió a la censura. «Como yo anduve muy comedido, la censura, esta vez, tuvo muy poco que tachar», principalmente reduciendo lo relativo a los preparativos bélicos carlistas durante la República y su presencia en la guerra. Eliminó otras anécdotas por no considerarlas «serias» y algunas referencias nominales para evitar confusiones.

La buena acogida de la obra le hizo comprender la razón del consejo de hacer un libro nuevo de carácter biográfico, con el que cumplió «la deuda de gratitud que había contraído con el general Mola. Lo único que lamento de corazón es que él no hubiera podido leerlo y que se fuese al otro mundo con la impresión un poco ácida del primero».

2. LECTURA, RELECTURA Y CONTRALECTURA

Si diferenciamos entre lectura, relectura y contralectura de una obra es porque en cada una de ellas existen personas con funciones e «identidades lectoras» distintas, con entidad diferenciada que influye en su lectura, valoración y comportamiento.

2.1. Lectura

En la primera lectura de la obra original situamos a Mola quien conoció el texto y realizó algunas modificaciones, aunque por alguna de sus palabras posteriores, según el censor Arias, más bien fue una lectura rápida y fragmentada.

También fue lectura la del comandante Arias, apoyada por su «lápiz rojo» de censor militar buscando los elementos inaceptables. Los textos marcados reflejaban una persona que había asumido una función inquisitorial de la ortodoxia y el buen nombre del Ejército sublevado y sus mandos. El comportamiento descrito por Iribarren en sus «Notas» lo reflejó como persona prepotente para con los que consideraba inferiores, pero sumiso a los superiores, aunque buscándoles la vuelta para dejar claro que era él

quien mandaba, deteniendo, amenazando y demorando el cumplimiento de la orden de libertad recibida.

El alcance de su labor lo recogió el manuscrito del autor en la página 5, sobre el texto titulado «Inicial»:

Señalo con paréntesis rojos las frases que la censura de Salamanca consideró inadmisibles. El Delegado nacional de Prensa y Propaganda, Cte. de Ingenieros Sr. Arias Paz (ex-masón según me dijeron), me dijo, por dos veces en su despacho que *merecía estar fusilado*³³ por haber escrito este libro. Gracias a Mola no sufrí otros males que los de mi detención en Pamplona, viaje a Salamanca, segunda detención y registro en Salamanca y la orden de recogida y destrucción de este libro. A pesar de esto, y como es lógico, ningún ejemplar se destruyó y todos los buscaban y los pagaban caros. En Manila se hicieron copias a máquina de escribir. Los misioneros jesuitas lo llevaron a China y a González Palencia se lo pedían de las universidades de Estados Unidos. En 15 días se colocaron los 7000 ejemplares de la edición³⁴.

El censor justificó lo comunicado tan duramente en que el realismo del léxico y discurso podían crear malas imágenes de los protagonistas de la sublevación en su rango máximo. La claridad con que se mencionaban las acciones represivas solo produciría efectos negativos que debían ocultarse. Los comentarios y comportamientos frívolos, por muy reales que fueran, eran improcedentes y negativos para la imagen de los héroes que defendían en la cruzada la civilización cristiana frente al comunismo.

En ningún momento, como reconoció, tuvo Iribarren una actitud que le enfrentase con el prepotente comandante censor. Adoptó la del joven inexperto y humilde escritor, al que afectaron los hechos coactivos en su persona y la amenaza que suponía invocar el fusilamiento y mencionar la «traición», en un momento en que valía poco la vida y era una medida aplicada sin preocupación ni escrúpulo de conciencia alguno, como el mismo Mola dispuso en sus instrucciones y se constató en el texto. El miedo, la angustia y la ansiedad son humanos y el autor los experimentó, porque conocía muy bien y había anotado los comportamientos de extrema violencia que se producían cada día.

El dolor por la pérdida de su primer «hijo» lo vio como un mal muy menor respecto al riesgo de la vida que corría, trazándose su destino como escritor y aceptando las oportunidades que se le presentaron de inmediato, por efecto del secuestro y difusión clandestina de la obra. Como no le destruyeron, le hicieron más fuerte en su propósito y más hábil para manejarse en el nuevo régimen.

Sobre las exigencias censoras de modificación y supresión realizaron sus estudios Vicente Cacho Viú (1984, pp. 241-250), Morán (2014, pp. 315-316) y Ricardo Olla-

33 Subrayado en el original.

34 Texto literal del recogido en el ejemplar de la biblioteca de Azcona, obrante en la Biblioteca de Navarra.

quindia (2003, pp. 271-284), con un sentido apologético del autor y su obra, desde la amistad reconocida y el medio social e ideológico común en el tiempo histórico. Un tercer autor amigo, José de Arteche, fue confidente y receptor de las muchas dudas e inquietudes que todo ello produjo en la conciencia sensible de Iribarren.

2.2. Relectura y contralectura

Tras la revisión del texto por el censor, la doble detención del autor, el secuestro y destrucción de la obra, Iribarren realizó una relectura pensando en una nueva edición corregida. Sin embargo, aconsejado por personas del régimen, sus amigos Aparicio, Arrarás y Rodezno, la transformó en una contralectura que dio lugar a una obra distinta en fondo y forma: *Mola. Datos para una biografía y para la historia del alzamiento nacional (1938)*. Esta decisión le llevó a cambiar el rol del autor que, no se ha de olvidar, era un «voluntario» que apoyaba la sublevación por el «interés y el amor patrio».

La nueva obra le exigió reclasificar y revisar conceptos y planteamientos de la anterior crónica para convertirla en una biografía laudatoria y exaltadora. Realizó una interpretación cualitativa, abierta a la evolución social y política del nuevo tiempo, superando el contexto puramente militar que regía durante el principio de la guerra en el que se había movido el general biografiado. La formuló sobre distinto paisaje racional e imaginario para redactar una obra más literaria y encomiástica del héroe muerto, que rehabilitara al autor y fuese entendida como autocrítica de su anterior obra. Le evitó la *damnatio memoriae* a que hubiese estado sometido por la vía de hecho.

Para la contralectura Iribarren valoró el papel y aportaciones del censor, superando lo que había sido descripción de las decisiones de Mola y los conflictos internos entre los sublevados y las fuerzas políticas que les secundaron, el medio en que se produjeron los hechos y la violencia como elemento de la guerra. Redactó la nueva obra sin olvidar las coacciones sufridas y la muerte del general que le había defendido. Realizó rectificaciones, suprimió las menciones inadecuadas en un texto distinto, justificativo de un conflicto salvífico y heroico en la decisión de los militares promotores.

Aprendida la lección, consideró las diferentes lecturas que se producirían en espacios militares y políticos cambiantes y cambiados por el desarrollo de la guerra. Lo hizo valorando el relativismo de las lecturas por las distintas percepciones y apropiaciones de los contenidos y discursos leídos³⁵.

A pesar del apoyo de Aparicio y Arrarás hubo censura de orden menor. La biografía de Mola publicada en 1938 fue una obra multiforme y de construcción plural por las influencias del censor Arias, del padre del general y de los amigos que le aportaron nueva información y asesoraron. La obra entró a formar parte de las nuevas representaciones de la dictadura fascistizada (Saz, 2004, p. 90), de sus héroes e imágenes, contribuyendo

35 Chartier (1994, p. 33): sobre el diferente modo de aprehender los textos de los libros, que dan lugar a tantas historias como lectores.

a consolidar una dictadura personal, mientras la lucha militar tenía todavía espacios de bloqueo y dudas. Por la nueva España todos contribuyeron a convertir el libro en un medio de contenido emotivo y sentimental, una vez muerto y mitificado Mola, que actuaba en un frente de lucha intelectual tan necesario como el bélico.

La obra supuso una nueva creación textual, que superaba el texto sancionado por su contenido «inadmisible». Había sufrido la acción censora del «estado de guerra», que solo buscaba apoyo y la buena imagen para el poder militar, medios para la propaganda y rechazo para quien no los secundase. El nuevo libro le rehabilitó ante las autoridades de un régimen al que pertenecía y con el que cooperaba en una sociedad en armas.

A la biografía de Mola publicada añadió el eclecticismo derivado de haber asumido forzosamente las opiniones impuestas, que le exigieron modificarla y recortarla, buscando la aceptación del compromiso asumido para poder publicarla. Redujo el realismo en beneficio de las descripciones y formas literarias, con una visión heroica de la figura y acciones de Mola, como le recomendó el historiador oficial del conflicto Arrarás. Contribuía a crear un icono de referencia para la opinión pública nacional y una «comunidad emocional». Su sublevación la convirtió en un «ademán romántico de nuestros generales ochocentistas» (Iribarren, 1938, pp. 7-8). Eliminó los aspectos autobiográficos de la primera para exaltar al héroe biografiado en el proemio con el discurso de los escritores del nacionalsindicalismo del momento:

General de los altos destinos y las ásperas glorias, presente siempre para España en las adversas coyunturas. [...] La revolución roja, obligándole a actuar, nos le descubre como gobernante enérgico, como político sagaz, como escritor de pura estirpe. Más tarde como conspirador y general que de la nada hizo un Ejército y genial estrategia que jamás conoció la derrota. / Yo estoy seguro que España grabará en el recuerdo de las futuras generaciones el nombre de este héroe admirable (Iribarren, 1938, pp. 5-6).

En la oración fúnebre del final de la obra, con el lenguaje imperial propio de *Jerarquía*, *Revista Negra de la Falange*, lo elogió:

¡General de los Tercios de España! Alma de vieja plata en magro cuerpo de soldado florecido de cicatrices. Rostro enérgico tallado en dura madera antillana de la más española raíz. / [...] ¡En qué trance te nos lleva la muerte! / Era esta la razón venturosa de tu victoria. Cuando el laurel tejía corona áurea a tus esfuerzos de soldado (Iribarren, 1938, pp. 284-285).

Con muchas más líneas laudatorias, la síntesis de toda la obra se halla en los últimos párrafos, que pudiera suscribir el canónigo falangista Fermín Yzurdiaga:

Luego, a lo largo de la peripecia ardua y gloriosa de la guerra, sufrió, luchó, venció. / No le fue dada la ventura de ver su obra coronada. / Le arrebató la muerte como al caudillo bíblico, cara a la tierra de promisión, ante la España Grande y Libre, sentida, presentida por él en las angustias de su afán enorme (Iribarren, 1938, p. 286).

La contralectura de su obra fue una revisión forzada por las circunstancias, la adhesión a la causa, la lealtad a Mola y el consejo de amigos muy implicados en el nuevo orden. Con la realizada en la biografía demostró su lealtad al régimen, se hizo perdonar los errores cometidos, superó las desconfianzas generadas por el censor y los rechazos de quienes se molestaron por el tratamiento recibido. Fue una *captatio benevolentiae*³⁶. Gracias a ello superó la crisis personal y de imagen que pudo llevarle a la marginación y rechazo a que se condenaba a los no adictos y los disidentes.

El éxito de la segunda obra no supuso el fracaso de la primera, sino superar la frustración de su inmediato desencanto personal. Todo lo que supuso el sufrimiento y la angustia de Salamanca, se convirtieron en éxito por la difusión clandestina que, a largo plazo, proyectó su condición de escritor y el inicio de un nuevo camino. Con la nueva biografía volvió a empezar, asentando su condición de escritor reconocido, iniciando un camino con una orientación y metodología concretas que marcaron su trayectoria literaria hasta la biografía de Espoz y Mina:

Seguramente, porque mi cabeza no está hecha para las abstracciones, las honduras y las filosofías, siento atracción por lo anecdótico, lo curioso y lo peregrino. Por eso espigo en el folklore y en la historia, en los libros que leo y en las cosas que oigo el rasgo pintoresco, el que a mí me chocó, el que creo que podría interesarte (Iribarren, 1943, p. 7).

3. ESCRÚPULOS Y PALINODIA

Iribarren había sido testigo de hechos, constante en su recogida y veraz en su narración. Lo confirmó la censura de Arias por parecerle inadecuada su publicación, sin negar su certeza, que no podía discutir ante el testimonio del secretario y la conformidad del «Director» al aceptar los textos con pequeñas correcciones. En su testimonio escrito hubo un acto y un compromiso ético de narrar para que se conocieran y la necesidad de transmitirlos.

La historia de la obra de Iribarren hay que situarla en una guerra que no solo fue militar, sino también «cultural», sobre todo a partir del momento en que la Falange se hizo cargo de la propaganda, el control y la censura. Desde el primer momento hubo una represión de los contrarios y disidentes, como había previsto Mola, y una imposición propagandista. En esos momentos solo había dos opciones. O se estaba «en» y «con» la sublevación y el bando que la diseñó y ejecutó, o «contra» con los «enemigos de España». No cabían actitudes medias o neutrales. Todo lo que no fuera apoyo, elogio o entusiasmo era condenable y, lo que es peor, fusilable. Era práctica tan común que, incluso, se invocaba y practicó contra los propios.

Desde esta perspectiva, dar argumentos al enemigo era causa de sanción como auxilio a la rebelión, que podía conducir a la muerte. Así fue invocado por Arias en su con-

36 Aristóteles, *Retórica* (lib. III, cap. XIV, 1415b, 35), IEP, 1971, p. 214.

versación con Iribarren, librándose por la intervención de Mola, que había autorizado la obra, y de los censores de la universidad de Zaragoza, a los que también amenazó aquél.

Las personas que leyeron el libro estaban dentro del primer contexto y tenían medios para criticarlo y descalificar al autor por cualquier motivo, por no gustarles, no salir bien parados, no ser descritos a su gusto, no recoger sus heroicidades, afectar a amigos y familiares de forma inaceptable a su juicio. Cualquier razón, aunque no fuese ni objetiva ni explicada ni aceptable, era válida para imponerse sobre la vida y obra de un subordinado civil sin rango, sometido y susceptible de eliminar por su poder. Todo ello con una gran arbitrariedad y sin controles garantistas de derechos, que no se reconocían y consideraban liberales y masónicos.

Tras la muerte de la primera obra por decisión gubernativa, hay testimonios de que Iribarren tuvo una crisis de conciencia e identidad, que se reflejó en las «Notas» para Azcona de 1944 y el «Diario» de Arteche. La obra había sido el «hijo» querido a pesar de los disgustos que le produjo.

Fueron los incidentes y problemas personales, los rechazos injustos, las coacciones sufridas, la privación de libertad, las veladas amenazas de fusilamiento e imputación por la fiscalía, el verse obligado a la nueva versión para recuperar la imagen personal y evitar riesgos, las que le hicieron perder entusiasmo por la causa por la que trabajaba voluntariamente, retirándose a la vida doméstica y profesional³⁷.

Sus conversaciones con Arteche y con personas próximas permiten entender que hubo una decepción y un examen de conciencia moral propio de los ejercicios del colegio de Tudela. Le llevó al alejamiento consciente que, tal vez, reflejó con mayor precisión en las «Notas» desaparecidas³⁸, en parte recogido en las remitidas a Azcona, nueva

37 Morán (2014, p. 495): experimentó en su persona que «lo tortuoso de una dictadura no está sólo ni muy específicamente en la censura sino en el ambiente de intimidación y represión que coarta y obliga a extremar la prudencia y exacerbar la cobardía. La censura tiene dos aspectos: el de la represión puntual y el del ambiente, más letal aun, por su eficacia, que la prohibición directa».

38 Si las hubiese conocido Marañón hubiese opinado como lo hizo en carta a Arteche de 30-8-1956, respecto a su diario: «cuando publique el libro, lo dé a la imprenta íntegro, intacto, sin tocar nada de lo allí escrito, con nombres propios, sin faltar uno, recogiendo hasta las últimas notas que hayan quedado perdidas en sus apuntes. Es esta su obligación». Le contestó Arteche el día siguiente: «¿Usted cree que tengo la obligación de convertirme en acusador público? Sé muchas cosas, tal vez demasiadas; por otra parte, soy un hombre de tantos, a quien la mano, muchas veces, se le pega salvajemente al cuerpo, resistiéndose a ir al encuentro de otras manos. En ocasiones me cuesta el perdón total; es decir me cuesta olvidar. Y el perdón sin olvido significa lo mismo que intentar pasar moneda falsa. Para un cristiano no hay opción. El cristiano tiene que olvidar; tiene que dar la mano. Por otra parte, matar a un semejante es la forma más atroz de suicidio. Matar a otro es matarse, comenzar un suicidio que se prolonga durante toda la vida hasta la misma muerte. Los autores de determinados hechos murieron ya, o sufren, consumiéndose, esa manera lenta de suicidio». En la anotación del 30-7-1956 afirmó Arteche: «Impresión desoladora. Nadie tiene ojos para recordar los crímenes ajenos; nadie tiene ojos para considerar los crímenes del campo propio, [...] la verdad más simple y pura es que la guerra civil del 36 al 39, es la guerra civil más espantosa de todos los tiempos. Y es esto que los hombres de mi generación no quieren ver de ningún modo. Los hombres de mi generación no tienen remedio; se extinguirán sin querer confesar su tremendo pecado de cainismo. Todos permanecen instalados en sus criminales puntos de partida. Nadie dice que hay que rectificar. Nadie dice que hay que pedir perdón. Uno llega a la conclusión de que en

contralectura del comportamiento personal con el pasado y el presente del franquismo del que dejó de ser un incondicional. Practicó un «descargo de conciencia» que comunicó en las confidencias recogidas por Arteche. Para entenderlas hay que pensar que los conceptos son polívocos³⁹ y las formas de llegar a los textos son «polisemánticas, solapadas, abigarradas en textualidades semiocultas, disfrazadas en otras prácticas y, sobre todo, impregnadas por sutiles representaciones que tejen un conjunto de infinitas dificultades» (Parada, 2007, pp. 15-16). Mucho más en tiempos en que el ejercicio de la libertad política e intelectual eran inexistentes y sancionadas si contradecían la verdad única impuesta.

Tras los problemas surgidos con la primera obra, se difundieron ejemplares supuestamente destruidos y sin cubiertas, en un tráfico clandestino en los ámbitos políticos y sociales del territorio «nacional». Condujo a que el nombre del autor suscitara actitudes de aceptación o rechazo, y que la segunda de sus obras adquiriese una mayor importancia. El hecho de que las consecuencias del secuestro no hubieran supuesto efectos personales sobre la vida y la personalidad del autor, que no hubiera actuado la Fiscalía y que se autorizase otra versión, favorecieron la retórica de la sinceridad y veracidad de lo recogido, narrado y comunicado por el cronista de Mola, más allá de las disconformidades de algunos con el censor Arias. El texto adquirió valor «como horizonte social, histórico, de intercambio [...] de esquemas simbólicos de comunicación que dialécticamente son a la vez el contexto donde entender los textos y los textos mismos como referente de ese contexto» (Pozuelo, 2005, p. 69).

Su presencia junto a Mola, lo que conoció y vivió, el bajo nivel cultural, la arrogancia, prepotencia y vulgaridad, que reflejó en las conversaciones, de las que el censor se avergonzaba, más el sufrimiento personal que le situó por breve tiempo entre las víctimas incruentas, le llevaron a la separación ética y estética del mundo militar y del régimen. Si Iribarren se marginó fue por decisión personal en una nueva contralectura de la obra, de lo que esta reflejaba y de su comportamiento.

Oficialmente la violencia y barbarie eran patrimonio y práctica de los «rojos», sin reconocer las propias, que conoció y produjo la preocupación moral reflejada en sus confesiones a Arteche. Quizá las desconocidas «Notas» nos hubiesen permitido apreciar su percepción y efecto en su conciencia. Quedaron enterradas en el silencio del franquismo y el temor de que pudiese trascender su existencia, después de la experiencia sufrida, que le produjo el dolor de ordenar a su cuñado la destrucción de las primeras y de no poder ver publicadas las segundas como le comentó a Arteche. Su actitud confirmó la continuidad de la represión de la guerra en la postguerra, por lo que el testigo nunca

España no se reza el Padre nuestro» (Arteche, 2008, pp. 10-12). Estas consideraciones que bien pudo hacer Arteche a Iribarren en sus conversaciones recogidas por aquél, explican su silencio y algunas de sus palabras sobre los asesinatos, que muestran sentimientos de culpabilidad colectiva y mala conciencia.

39 Koselleck (1992, p. 117): «Un concepto tiene que seguir siendo polívoco para poder ser concepto. También él está adherido a una palabra, pero es algo más que una palabra: la palabra se convierte en concepto si la totalidad de un contexto de experiencia y significado sociopolítico, en el que se usa y para el que se usa una palabra, pasa a formar parte globalmente de esa única palabra».

publicó sobre lo vivido, más allá que lo comunicado a sus amigos Azcona, Arteche y otros íntimos que lo contaron, pero nunca lo escribieron.

Tras todo ello Iribarren dejó evidencias suficientes de que en su retiro tudelano hizo un «examen de conciencia» ignaciano. ¿Le llevó a tener «mala conciencia», remordimientos o a sentirse moralmente culpable de pecado histórico por su colaboración activa con la sublevación, su «Director» e inductor de la represión, la guerra sin cuartel y los escarmientos? Es lo que reflejaron sus palabras a Arteche, que implicaban no refugiarse en la «culpa colectiva», sino en la individual. No eran momentos ni la vida le dio tiempo para hacer una palinodia, aunque hay signos de haberla realizado en conciencia y cantarla en privado.

Si relacionamos la actitud de Iribarren con la de Pedro Laín Entralgo, este la pudo realizar tiempo antes de publicarla una vez desaparecido el franquismo. Fue una retracción rehabilitadora de su pasado falangista y franquista, censurándose por su participación en el «pecado histórico», cuyo reconocimiento fue el «nervio de mi problema de conciencia». El pecado exigía «denunciarlo públicamente, pronunciar desde la propia conciencia personal un *nostra culpa* hondo y sincero»⁴⁰. Reconoció «la incapacidad de nuestra derecha para la denuncia de cualquier fechoría cometida en aras del que ella considera su orden» (Laín, 1976, pp. 187 y 269). La «culpa colectiva» de una parte de la sociedad la convirtió en individual. Buscó superar la «mala conciencia por omisión», que «ha vivido íntimamente perturbada desde aquel agosto de 1936 hasta hoy mismo» (Laín, 1976, pp. 152, 267 y 425). Introdujo un modo «que se convirtió en canónico para analizar el pasado infame de buena parte de los padres de la Transición»⁴¹.

Iribarren no hizo la palinodia como Laín, aunque probablemente estaba en las «Notas», pero no tuvo tiempo al fallecer en 1971 con la frustración de no poder publicar lo escrito y la tensión entre la necesidad de decir la verdad y la preocupación de no afectar a la imagen de personas que vivían y su familia los consideraba «santos», como confesó a Arteche recogido en su anotación del 14 de agosto de 1967:

—¡Dios! ¡Tener que morir sin ver publicados los libros que uno tiene escritos...!

¡Hombre! ¿Y por qué no? Espero vivir tanto como para ver publicados los míos.

—Tu caso es distinto. En el caso mío, viven todavía y vivirán los hijos y los nietos y los parientes de muchos acerca de quienes tengo necesidad de decir toda la verdad. Y adoran su recuerdo. Los consideran como dioses.

40 Laín (1976, pp. 267, 426). Se autocalificó de «virtuoso de la palinodia» (pp. 139, 192, 350, 416).

41 Morán (2014, p. 43): «Los testigos de la Historia, en una dictadura, o son víctimas o son verdugos, o disimulan para no poner en evidencia al verdugo. [...] El modo en que Laín narraba, distanciándose de lo que él había sido testigo y protagonista, consentiría que a partir de entonces todos se adhirieran a la fórmula: “aunque yo estaba presente en el fondo me repugnaba. ¡Qué otra cosa podía hacer que resignarme ante aquellos espectáculos que me desagradaban!” La única generación con conciencia de sí misma era la que ahora Laín había redimido» (p. 594).

Luego me explica que, por fin, tiene casi en limpio el libro con la verdad que él tan bien conoce, libro a cuya redacción tantas veces yo le induje. Un profesor de historia terminó por decidirlo. Según este profesor; Iribarren no se podía morir sin descubrir el secreto de muchas cosas,

—¿Ves cómo yo tenía razón?⁴²

La crisis de conciencia de Iribarren por la participación junto a quienes promovieron la violencia la transmitió al amigo y confidente Arteché. Sabía que este redactaba su «Diario» y que recogería las confidencias que le hizo: «Me dice atrocidades del general Mola; los peores calificativos como mala persona, y me repite lo que tantas veces me ha dicho: (Iribarren) “No pensaba más que en matar”». Sobre el bombardeo de Guernica por la Legión Cóndor alemana: «Pero si en Mola era obsesión hacer un escarmiento entre los vascos. Un escarmiento. Así lo decía: Un escarmiento». «“No pensaba más que en matar” ¿Por qué Iribarren me repitió tantas veces esta frase refiriéndose al general Mola de quien fue secretario en los primeros meses de la guerra civil? ¿Por qué?» (Arteché, 1977, pp. 188, 222, 237).

Ambos eran muy conscientes de lo que hacían, pero sus posibilidades a corto y medio plazo eran distintas. Cuando Iribarren confiaba sus inquietudes al amigo Arteché le encomendaba hacerse cargo y transmitir las, porque sabía que terminaría editando su diario incorporando sus confidencias, si no se lo encargó expresamente, que fue lo más probable. Si no hubiera sido así, dudo que la recta conciencia del escritor guipuzcoano lo hubiese recogido. Arteché lo hizo de modo directo recogiendo las afirmaciones e indirecto haciendo preguntas retóricas o erotemas que no expresaban dudas ni precisaban respuestas, porque su amigo se las había dado en las confidencias y estaban incorporadas como afirmaciones con mayor énfasis:

¿Por qué me decía que el general Millán Astray era un histérico, responsable en parte de los excesos de la retaguardia? Millán Astray entraba en trance imaginando y describiendo para la prensa los excesos de la otra parte. El coronel Arias Paz, técnico en automovilismo, que sustancio la causa contra Iribarren por la publicación de su primer libro acerca de Mola, le infirió la más grave ofensa posible contra un escritor [...]. ¡Cuántas y cuántas cosas no me contaba! Iribarren conocía mi «Diario». Se lo leía todos los veranos cuando iba a San Sebastián. La guerra civil le marcó para siempre. Yo fui el confidente y destinatario de sus crisis espirituales (Arteché, 1977, pp. 237-238).

En las afirmaciones de las dos últimas frases está la contestación a sus preguntas: «la guerra civil le marcó para siempre» y le provocó «crisis espirituales», de las que Arteché fue «confidente y destinatario». Iribarren quería que Arteché conociera sus opiniones sobre los protagonistas a los que había servido. Le hizo sus confidencias para que transmitiera lo que él no estaba en condiciones ni tuvo tiempo de hacer, aunque ya había

42 Arteché (1977, pp. 187-188). El profesor al que se refiere fue Vicente Cacho, que redactó un artículo sobre la primera obra de Iribarren y fue contertulio suyo.

hecho el examen para el descargo de conciencia. Es más que probable que si hubiera tenido el tiempo y las condiciones de que dispusieron Arteche y Laín, hubiera cantado su palinodia. Hemos de asumir la veracidad del testimonio del confidente y destinatario de las crisis espirituales de Iribarren, conocidas por intermedio de Arteche.

4. CONCLUSIONES

José María Iribarren Rodríguez fue un joven abogado tudelano que se ofreció voluntario y fue nombrado secretario del general Mola en los primeros días de la sublevación militar contra la II República. Desde su puesto de testigo directo tuvo la información suficiente para redactar una crónica detallada del inicio y desarrollo del conflicto en un libro al que dio su conformidad el general Mola y fue objeto de censura sin reparos, publicándose en 1937. Posteriormente, el comandante director de los servicios de prensa y propaganda procedió a revisar la obra, ordenando la detención del autor y el secuestro del libro. Se le ordenó presentarse en Salamanca exponiéndole las objeciones que justificaban la decisión, con una segunda detención, mención del fusilamiento y de traslado al fiscal por supuesto delito de auxilio a la rebelión. Se le puso en libertad por orden de Mola.

Tras la muerte del general, personas vinculadas al nuevo régimen le propusieron redactar una nueva obra sobre el general de carácter biográfico y heroico, que fue publicada en 1938. No fue una revisión de la anterior conforme a las observaciones del censor, sino una obra biográfica del héroe Mola con una finalidad y estilo distintos, que le rehabilitó ante el régimen como persona leal al movimiento.

En 1944 redactó un texto destinado a su amigo Azcona, recogiendo todo el proceso de redacción, censura y secuestro de la primera obra, en el que expresó la angustia que le produjeron los hechos y comportamientos de las personas implicadas, las detenciones y amenazas sufridas. De este texto y de sus confidencias con su amigo Arreche se deduce que tuvo una crisis de conciencia sobre su apoyo, actividad y relación con el nuevo régimen, que hizo de la práctica de la violencia uno de sus medios de imposición.

La desaparición de los textos en que recogió su examen de conciencia, nos lleva a formular un interrogante: ¿Alguien tiene noticia de las «Notas» que redactó Iribarren, que serían su testamento espiritual? Ha pasado tiempo suficiente para que su depositario las hiciera públicas. Su conocimiento contribuiría a enriquecer y prestigiar su imagen.

5. LISTA DE REFERENCIAS

- Aristóteles. (1971). *Retórica*. Instituto de Estudios Políticos.
- Aróstegui, J. (2006). *Por qué el 18 de julio... Y después*. Flor del Viento.
- Arrese, J. L. de. (1982). *Una etapa constituyente*. Planeta.
- Arteche, J. de. (1977). *Un vasco en la postguerra. Diario, 1939-1971*. La Gran Enciclopedia Vasca.
- Arteche, J. de. (2008). *El abrazo de los muertos*. Ediciones Espejo de España.

- Bajtín, M. (1989). *Teoría y estética de la novela*. Taurus.
- Ballbé, M. (1983). *Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983)*. Alianza.
- Blanco Escolá, C. (2002). *General Mola. El ególatra que provocó la guerra civil*. la Esfera de los Libros.
- Cacho, V. (1984). Los escritos de José María Iribarren, secretario de Mola en 1936. *Cuadernos de Historia Moderna y contemporánea*, 5, 241-250.
- Castillejo, J. (2008). *Democracias destronadas. Un estudio a la luz de la revolución española 1923-1939*. Siglo XXI.
- Chartier, R. (1994). *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Alianza.
- Claret, J. (2019). *Ganar la guerra. Perder la paz. Memorias del general Latorre Roca*. Crítica.
- Domínguez Arévalo, T., conde de Rodezno. (1939). «Notas» mecanografiadas, calcocopia, p. 22 (BGN-BA E-17-2/4).
- Frankl, V. (2015). *El hombre en busca de sentido*. Herder.
- García-Sanz Marcotegui, Á. (1994). *Intransigencia, exaltación y populismo; la política navarra en tres seminarios cripto carlistas (1913-1915)*. Txertoa.
- García-Sanz Marcotegui, Á. (2022). Tirso Lacalle, «El cojo de Cirauqui» (1845-1920). *Un contraguerrillero liberal navarro*. Gobierno de Navarra.
- Gran Enciclopedia de Navarra. (1990). «Iribarren Rodríguez, José María». VI, pp. 184-185. <http://www.enciclopedia.navarra.com>
- Hunt, L. (1989). *The New Cultural History*. University of California Press.
- Iribarren, J. M. (1937). *Con el general Mola: escenas y aspectos inéditos de la guerra civil*. Librería General.
- Iribarren, J. M. (1938). *Mola, datos para una biografía y para la historia del Alzamiento Nacional*. Librería General.
- Iribarren, J. M. (1943). *Batiburrillo navarro*. Librería General.
- Iribarren, J. M. (1944). *Notas sobre la gestación y peripecias desdichadas de mi libro «Con el general Mola»*. Texto mecanografiado y manuscrito con notas. Archivo Municipal de Pamplona (D-6/17).
- Juliá, S. (2000). La sociedad. En J. L. García Delgado (ed.), *Franquismo. El juicio de la historia*. Temas de Hoy.
- Koselleck, R. (1992). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Paidós.
- Laín, P. (1976). *Descargo de conciencia (1930-1960)*. Barral.
- López Garrido, D. (2024). *La guardia civil y los orígenes del estado centralista*. Alianza.
- Mola, E. (1940). *Obras completas*. Librería Santarén.
- Morán, G. (2014). *El cura y los mandarines. Historia no oficial del Bosque de los Letrados. Cultura y política en España (1962-1996)*. Akal.
- Ollaquindia, R. (2003). Un libro de José María Iribarren condenado por la censura: Con el general Mola. *Príncipe de Viana*, 229, 271-284.
- Palti, E. (2018). *Una arqueología de lo político*. FCE.
- Parada, A. (2007). *Cuando los lectores nos susurran. Libros, lecturas, bibliotecas, sociedad y prácticas editoriales en la Argentina*. Universidad de Buenos Aires.
- Pérez Olló, F. (1990). Uranga Esnaola, Pedro. *Gran Enciclopedia de Navarra*, XI. Caja de Ahorros de Navarra, p. 195.

- Pozuelo, J. M. (2005). *De la autobiografía. Teoría y estilos*. Crítica.
- Preston, P. (2010). Franco y la represión: la venganza del justiciero. En *II Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo Novísima*. Universidad de La Rioja.
- Preston, P. (2011). *El holocausto español. Odio y exterminio en la guerra civil y después*. Debate.
- Prieto, I. (1967). *Convulsiones de España. Pequeños detalles de grandes sucesos*, I. Oasis.
- Sánchez Aranda, J. J. & Zamarbide, R. (1993). *Garcilaso, periodista (60 años de historia de Navarra)*. Ediciones y libros.
- Sánchez Pérez, F. (coord.) (2013). *Los mitos del 18 de Julio*. Crítica.
- Sánchez Recio, G. (1999). *El primer franquismo (1936–1959)*. Ayer, 33.
- Saz Campos, I. (2004). *Fascismo y franquismo*. Universitat de Valencia.
- Spinoza, B. (1980). *Ética*. Editora Nacional-Ediciones Orbis.